



INDIOS CHUNAPIS

y tal vez sexta metrópoli del mundo, no puede menos de sonreír ante los contrastes que ofrece este animoso pueblo, todavía en formación. El mismo suelo argentino mantiene la capital federal con sus hermosos edificios y sus numerosas vías férreas, y estas tolderías de cañas secas, donde se amontona una humanidad primitiva, falta de escrúpulos, inocente y colérica, como si no hubiera salido aún de la edad infantil. La bandera azul y blanca cubre por igual todo el territorio.

Pero no vaya á imaginarse el lector extranjero que los indios de la Argentina representan una fuerza en la vida del país. La inmensa mayoría de los argentinos, ni los conocen ni los han visto nunca. Las tribus bajan de los más lejanos territorios del Norte para trabajar en los ingenios, y así que termina la recolección desaparecen. En Buenos Aires y en las provincias centrales se sabe vagamente que dentro del territorio nacional existen indios en estado primitivo. De vez en cuando, á título de curiosidad «pintoresca», las revistas ilustradas de la capital publican grabados representando costumbres y tipos de las tribus, y el público bonaerense se entera de ello como si le hablasen de Taiti ó de Nueva Zelanda. El noventa por ciento de los argentinos no han visto jamás un indio. Para conocerlos hay que ir en su busca, y viven muy lejos, en los remotos confines de una nación inmensa. Además, el argentino no siente interés por ellos: antes al contrario, se enfada, y no le falta razón, contra los viajeros artistas que, llevados de sus predilecciones por lo exótico, se deleitan en detallar la fisonomía y los usos de estos restos de humanidad primitiva. Cada vez que un libro ó un periódico, al hablar de la República del Plata, menciona con alguna prolijidad á los indios que aún existen en su territorio, el buen argentino, orgulloso de los progresos de su patria, muéstrase indignado.

pendientes de plomo que prolongan las orejas, haciendo llegar el lóbulo cerca del hombro. Estos adornos sirven para diferenciar unas tribus de otras. Los Chunapis, más elegantes, con faldamentas de colores, pañuelos arrollados á la cabeza á modo femenino y gruesos pendientes de metal blanco, desorientan al observador, haciéndole creer á primera vista que son mujeres.

Las hembras de las distintas tribus ofrecen también grandes diferencias. Unas son de horrible fealdad é insoponible hediondez; otras presentan alguna gracia, dentro de su decadencia física y guardan por tradición ciertas costumbres de higiene. Las Chiriguanas se bañan siempre que se les ofrece oportunidad: sus tolderías las establecen con preferencia cerca de los arroyos, y durante las marchas, cuando siguen el borde de una corriente de agua, penetran en ella inmediatamente.

El viajero que conoce los grandes progresos de la República, que ha vivido en Buenos Aires, segunda capital latina

— ¡Pero van á creer que aquí todos somos indios! — exclama. — Europa, que nos conoce tan mal, va á persistir en sus errores al ver estas cosas... Que hablen de nuestro Buenos Aires, de las ciudades de provincias, de nuestra ganadería y nuestros trigales. Eso vale la pena... ¡Los indios! ¡Pura fantasía de los artistas que gustan de cosas raras, y cuando no las hallan las inventan!... ¿Pero es que aún quedan indios?

Sí: hay indios todavía en estado casi salvaje dentro del territorio argentino. Pero este territorio es tan enorme y su progreso tan vertiginoso, que nada tiene de extraño que existan entre sus límites estos violentos contrastes de civilización y barbarie, característicos de un país en formación. Así como la bandera argentina guarda debajo de sus pliegues al naranjo y al líquen glacial, y en la atmósfera en que ondea viven igualmente el loro y el pinguino, dentro del mismo territorio puede existir el ciudadano bonaerense, culto y mundial, que todas las mañanas se entera por el cable de lo que ha ocurrido en París, Londres ó San Petersburgo, y el Chiriguano ó el Toba, que cifran sus anhelos en colocarse un botón más en la cara ó estirar algunos centímetros el cartilago horadado de sus orejas, con un pendiente de media libra.

Repito que el indio no tiene más importancia en Argentina que el gitano vagabundo que recorre el centro de Europa y acampa con sus mujeres y chiquillos en cualquiera feria de los alrededores de París. Tal vez juntos todos los indios, en estado de tribu, que viven al Norte de la Argentina, fuera de la vida civil, no pasen de 30.000, y en vez de aumentar decrecen. ¡Y qué significan 30.000 indios, llevando una existencia de vagabundaje, casi aislados de los seis millones de hombres modernos que pueblan la nación argentina!...

El indio del Norte existe aún porque se sometió al blanco y no ha intentado oponerse á sus empresas. Los que vagan independientes por las soledades del Chaco, fraternizan con el cortador de árboles, que avanza selva adentro para derribar el quebracho, del que extrae el tanino y aprovechar su madera, dura como el acero.

Los que se sometieron hace siglos á la vida civilizada, son de una mansedumbre sin límites. En Corrientes y en Misiones pasaron por las manos del jesuíta, deseoso de instaurar una gran República teocrática. El indígena, reformado en este molde de sumisión, es tímido y crédulo como un niño.

Yo he visto en una estancia correntina, llegar por las mañanas los peones, grandotes y forzudos, sombrero en mano, antes de empezar su trabajo.

— ¡La bendición, patrón! — imploraban humildemente al ver al dueño de la tierra, como sus abuelos lo habían hecho ante el jesuíta dominador.

— ¡Dios os haga unos santos! — contestaba el patrón, gran amigo mío, conteniendo la risa por mi asombro.

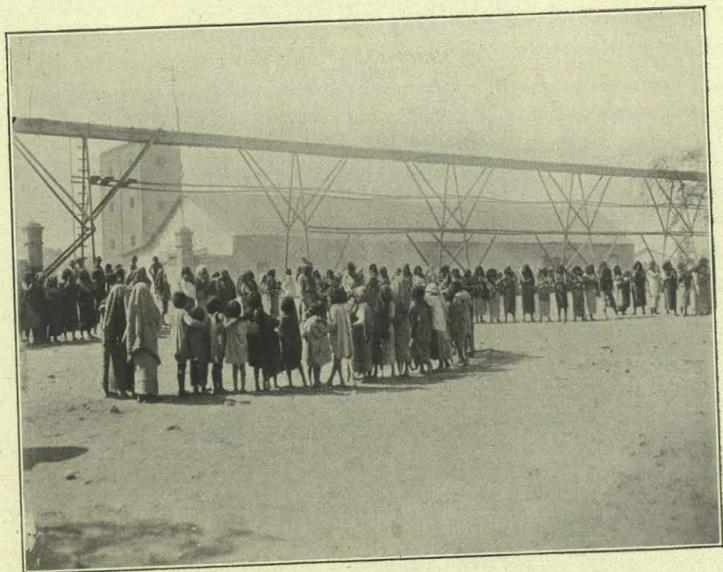
Y bendecía estas cabezas reverentes, encogiéndose de hombros cuando los peones se alejaban hacia el trabajo, reconfortados por la ceremonia matinal.

Si el indio del Norte, en vez



Á LA HORA DE COBRANZA EN UN INGENIO

de mantenerse aislado y pacífico en las selvas, ó de incorporarse á la vida de las ciudades, se hubiera mostrado belicoso é irreductible como el jinete patagón, hace tiempo que no existiría. Un país grande y progresivo como el argentino tiene el deber de defenderse,



UNA TRIBU FORMADA EN UN INGENIO

suprimiendo todo lo que se oponga á sus adelantos.

No por esto hay que afirmar rotundamente que en los territorios extremos del Norte argentino el indígena no constituye un peligro. De vez en cuando hablan los periódicos de incursiones de indios en el Chaco y en Formosa que ponen en peligro la vida y bienes de los colonos establecidos en estos territorios. El Gobierno mantiene una línea de fortines y puestos militares en el límite fronterizo, y la caballería vivaquea en las selvas vigilando de cerca á los grupos indígenas para evitar robos de ganados.

No son los indios establecidos permanentemente en tierra argentina los peligrosos, sino sus hermanos que viven á pocas leguas de ellos, al otro lado del Pilcomayo, en el Chaco paraguayo ó el de Bolivia. Especialmente el indio boliviano, es un peligro para los territorios del Norte argentino. Al Sud y al Oeste de la República, la colaboración de Chile, nación adelantada y enérgica, y la vecindad del mar, hicieron posible la definitiva conquista y pacificación de los territorios dominados por el indio. Una vez sometido éste, no pudo rehacerse ni encontró auxiliares. Pero al Norte se halla Bolivia con 300.000 indígenas en estado salvaje, y esta vecindad hace imprescindible una gran vigilancia y el mantenimiento en la frontera de puestos militares.

El indio argentino no es salvaje. Aun los que siguen llevando una vida errante, lejos de los centros de civilización, han aprendido el camino para ir todos los años en busca de la industria moderna, á la que sirven como económicos auxiliares. Pero estos indios son Tobas, Chiriguano, Matacos, etc., y de igual raza, tribu y nombre son los salvajes que viven al otro lado de las fronteras, en territorio extranjero. De aquí la confusión y el atribuir muchas veces á los indios del país las bárbaras hazañas de indígenas que no son argentinos.

También se presta á tal confusión el nombre de Chaco, que es, á la vez, el de una gobernación política argentina y el de un gran territorio repartido actualmente entre tres naciones. El antiguo Chaco de los tiempos de la dominación española, pertenece hoy á la Argentina, Paraguay y Bolivia. El indio ignora los repartos internacionales, obra de los blancos, y desconoce las fronteras. Las tribus nómadas, al vagar por este inmenso territorio situado en las entrañas del continente, no se percatan de cuándo pasan de un Estado á otro. Los hombres civi-

lizados tampoco tienen muy en cuenta la división internacional, y muchas veces, cuando los indios belicosos del Chaco boliviano ó paraguayo asesinan á un explorador en Estero Patiño, creen de buena fe que esto acaba de ocurrir en territorio de la Argentina, en la gobernación del Chaco, que es hoy un país civilizado, con industrias naciendo, y donde el indio se convierte en maquinista ú obrero mecánico.

Puede afirmarse que en toda la Argentina, ni al Norte ni al Sur, quedan indios salvajes. Es más: muchos indígenas que se han dejado arrastrar totalmente por la vida moderna, son hábiles obreros, y asombran por la facilidad con que se asimilan toda clase de conocimientos.

Nada indica que sientan nostalgia por la existencia de sus mayores; antes bien, se han compenetrado de tal modo con su nueva situación, que algunos de ellos, con la altivez guerreadora de los antiguos araucanos, hablan de reivindicaciones sociales y de lucha de clases.

Es esta una de las sorpresas que ofrece la Argentina, país de rápidas mutaciones y vertiginosos progresos.

Los padres, semidesnudos, montando caballos de sucio pelaje y con plumas sobre la *guincha* de la cabellera, todavía galoparon blandiendo la lanza para robar al blanco sus rebaños y mujeres: los hijos, ennegrecidos por la hulla y la grasa, manejan ahora la maquinaria de fábricas é ingenios. Los de ayer preparaban el *malon*, la cabalgada furiosa como una tempestad que se llevaba por delante hombres y bestias. Los de ahora preparan la huelga y piden la jornada de ocho horas.

Y todo esto en poco más de treinta años.

* * *

La gran mayoría del pueblo argentino es actualmente de pura raza blanca ó procede del cruzamiento hispano-indio. Los argentinos de origen europeo, sin el menor vestigio de sangre indígena, son hoy tantos como los mestizos, y en breve les superarán considerablemente.

Pero no por esta abundancia de gentes de procedencia europea debe creer el extranjero que Argentina es un país sin carácter propio, un pueblo de aluvión, un Estado sin raza, una



EN UN «CONVENTILLO» DE BUENOS AIRES. EL ABUELO INMIGRANTE Y EL NIETO ARGENTINO

especie de factoría á la que acuden las gentes para hacer fortuna, con transitoria permanencia, sin echar raíces en el suelo.

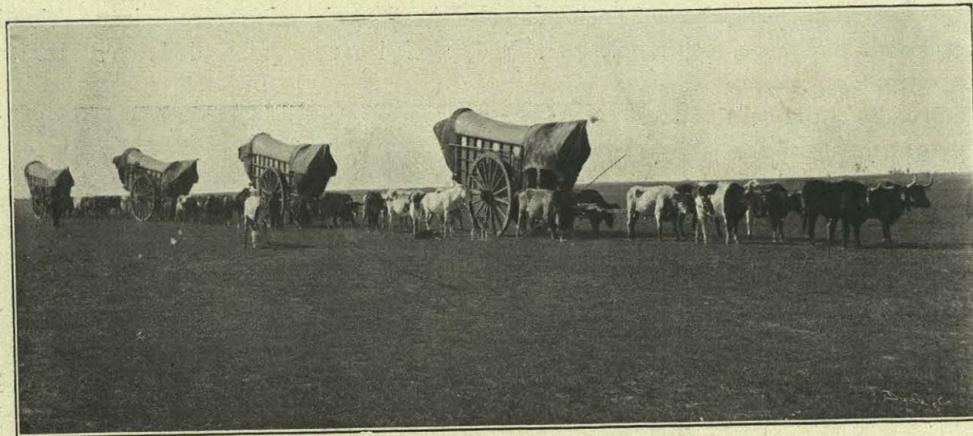
Argentina, no sólo ejerce un gran poder de atracción sobre el mundo, sino que posee una fuerza de retentiva irresistible. Su pueblo es un fundente, como esos líquidos de la Química que disgregan diversos cuerpos para juntarlos y solidificarlos, formando uno nuevo y distinto.

Todo el que llega experimenta el encanto de la atracción, y por original y vigorosa que sea su individualidad, ésta se transfigura, adaptándose al nuevo medio.

Las naciones envidiosas del rápido crecimiento de la Argentina (¡quién al crecer no inspira envidias!), intentan echar en cara á la joven República, á falta de otros defectos, la carencia de personalidad nacional.

— Allí sólo hay extranjeros — dicen —. Argentina es inglesa, española, italiana, germánica; todo menos argentina.

Enorme error del apasionamiento. Ningún país del mundo tiene la fuerza asimilatoria de



UNA TROPA DE CARRETAS EN EL DESIERTO

la Argentina. En otras naciones el extranjero se mantiene aparte, formando colonia, y sus hijos sueñan á todas horas con la patria de los padres, como un lugar paradisíaco. En Argentina el inmigrante se hace del país á los pocos meses, siente orgullo por sus grandezas, y sus hijos, al pasar por la escuela, son argentinos para siempre, allá donde vayan.

La Argentina es un mar, y la emigración es la lluvia que se vuelca en él. Sean como sean el color y el sabor de los raudales que caen de lo alto, se desvanecen inmediatamente al confundirse con la gran masa que los recibe. Ciertas emigraciones considerables, como la española y la italiana, pueden compararse tal vez con esos ríos caudalosos que al desembocar en el Océano lo tiñen con su color y le comunican su dulzura, en un amplio circuito. Pero la nación argentina ya hemos dicho que es semejante al mar, y por impetuosas que sean las corrientes inmigratorias, terminan perdiéndose en su seno, como la irrupción de los ríos acaba por disolverse en la inmensidad azul.

Argentina tiene á su disposición, en perpetuo funcionamiento, un crisol que funde las distintas razas que llegan á ella, extrayendo de esta amagalma colosal un pueblo de vibrante patriotismo. Este crisol es la escuela. Todos los grandes hombres de la Argentina se han preocupado de la escuela, no sólo por entusiasmo educacional, sino por deber patriótico.

La nación argentina gana cada veinticuatro horas una gran batalla por medio del maestro. La escuela le quita al viejo mundo millares de almas que forzosamente hubieran vuelto á él. El español, el italiano, el francés, el alemán, el ruso y el turco engendran hijos en tierra argentina con la esperanza de que estos hijos han de llevar en su alma, como sa-



TIPOS DE GAUCHOS

grada herencia, una chispa de amor al país de origen. En la casa se habla el idioma patrio; hasta en la mesa ciertos platos recuerdan la tierra lejana de los abuelos; pero el niño va á la escuela y una patriótica educación le hace amar sobre todos los afectos al país en que ha nacido.

El maestro y los compañeros de aula desbaratan diariamente con sus palabras entusiásticas la obra del padre, que al verse lejos de su país lo ama con más fuerza, casi irracionalmente, olvidando las amarguras que pasó en él, viéndolo más hermoso, más atractivo á través de los engañosos espejismos de la distancia.

La burla que los compañeros de escuela hacen muchas veces de la nacionalidad de la familia, influye también sobre el niño. Le molesta que lo miren como un sér aparte, que le llamen *gallego* porque su padre es español, ó *gringo* porque en su casa no hablan el castellano.

— No, yo soy argentino; yo he nacido en la República.

Y á esto se une la influencia de una educación en la que las grandezas de la patria van unidas siempre á la enseñanza científica; educación que enumera las glorias de todos los generales, desde San Martín á Mitre; de todos los escritores, desde Sarmiento á Joaquín González; de todos los poetas, desde el viejo Labardén al moderno Lugones; y que entre clase y clase llena los recreos con himnos nacionales y oraciones á la bandera azul y blanca.

El niño acaba por sentirse en la casa distinto á su familia. La ama como siempre, pero



PEONES DE ESTANCIA

la escuela parece darle cierta superioridad sobre los padres. Éstos tuvieron que abandonar el país de nacimiento y él está orgulloso de su patria. Además, influye en la exaltación de su personalidad de argentino la diferencia de cultura. Sus padres, infelices emigrantes, aunque hayan adquirido el bienestar ó la riqueza en el suelo argentino, guardan su ignorancia primitiva. Muchos aprendieron á leer en la nueva patria. El niño, gracias á la escuela, es casi un sabio comparado con la familia y habla de cosas ininteligibles para los suyos. Hasta



UNA FAMILIA DE INMIGRANTES ESPAÑOLES Á LOS POCOS AÑOS DE RESIDIR EN ARGENTINA

los más pobres pueden adquirir la enseñanza enciclopédica que se da en las escuelas de la República, gratuitas y abiertas á todos.

Acaba el hijo por darse cuenta de su superioridad sobre el padre, y cada vez que éste le amonesta en la vida del hogar, se subleva mudamente, como ante una injusticia. «Ah, gringo! ¡Ah, gringo!» — murmura su pensamiento. Le tolera porque es su padre;

porque la enseñanza moral que le ha dado su maestro le impone la sumisión. Pero él se halla por encima del emigrante que le dió el sér: él es argentino. Tan profundo es el amor á la patria inspirado por la escuela, que perdura aun en aquellos que, nacidos en la República del Plata, se trasladan á Europa. Yo he visto en España y en Italia mozos que siendo naturales de Buenos Aires, marcharon luego al viejo mundo siguiendo á sus padres por haber fracasado éstos en la emigración. Hablan con orgullo de su nacimiento en la República del Plata; tal vez no piensan volver á ella; tienen negocios en el país de sus abuelos, medios de vivir que los retienen para siempre; pero á pesar de esto, si se les pregunta por su nacionalidad, contestan altivamente:

— Yo, señor, soy de Buenos Aires. ¿No conoce usted aquello? . . . Una gran ciudad: ahora dicen que tiene millón y medio de habitantes.

Este poder de asimilación que convierte en argentino al hijo del europeo, se deja sentir en todas las clases sociales; se reproduce en todos los ambientes. No sólo el extranjero rico ve que su prole nacida en la República del Plata olvida ó mira con indiferencia el país de sus antecesores. En los «conventillos» ó casas de vecindad de la capital, el viejo emigrante que toma el sol á la puerta de su pieza con el nieto entre las rodillas, nota la diferencia que existe entre él y la criatura, que es á modo de una prolongación de su existencia. El pequeño ya no le pertenece moralmente. Recita cosas que él no llega á entender; piensa de distinto modo; no comprende á su abuelo cuando éste le habla de las praderas verdes de Galicia y Asturias, ó de las campiñas de Italia. Y cuando intenta corregir al pequeño por una falta, éste huye enfurruñado y desde lejos lo mira con altivez, murmurando indignadas protestas, que siempre son las mismas:

— ¡Gringo de . . . !

Y suelta la palabra que inmortalizó á Cambronne.

El entusiasmo por la nueva patria gana igualmente á los padres. Éstos miran con cierta predilección, entre la prole llegada con ellos de Europa, á los pequeños que nacieron en la Argentina.

Yo he visitado muchas veces á antiguos inmigrantes, que se apresuraron á presentarme á sus hijos.

— Éstos — decía el padre señalando á los mayores — son de la tierra; vinieron de allá. El pequeño nació aquí. . . es argentino. Ya sabe usted lo que significa eso: puede llegar á ser Presidente de la República.

La loca posibilidad de alcanzar la Presidencia de la República, aun dicha en tono de broma, parece envolver al pequeño en un ambiente de respeto. Sus hermanos mayores, nacidos en Europa, le tratan instintivamente con cierta predilección.

¡Presidente de República! . . . Esta esperanza, de un optimismo ridículo, pasa por el cerebro de todo inmigrante que tiene un hijo en la Argentina. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! . . . ¿No es este país la tierra de los éxitos? ¿No ha habido un político famoso al que apodaban el *Gringo* por ser hijo de europeo? ¿No son verosímiles las más absurdas ilusiones en una democracia abierta á todos, donde de la noche á la mañana se amasan fortunas y se realizan los más inauditos encumbramientos? . . .

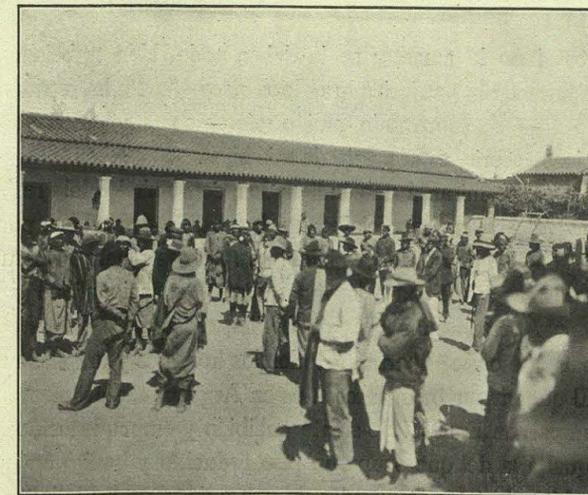
Y en todo hogar de inmigrantes hay un futuro Presidente de República que, mientras llega la hora del triunfo, es para su familia un tiranuelo simpático.

La Argentina retiene al europeo y se hace amar por él como ningún otro pueblo de la tierra. En las más de las naciones americanas, el extranjero nunca pierde su carácter de extraño. La sociedad escogida lo recibe fríamente, ó no lo recibe, y si intenta contraer matrimonio, sólo encuentra compañera fácil en las últimas clases sociales, sea cual sea su fortuna ó su educación.

En la República Argentina, aunque el hijo del país, con su carácter fácil para la burla (herencia tal vez de los primeros pobladores andaluces), llame al europeo *gallego* ó *gringo*, estos apodos no pasan de ser simples bromas, pues en los actos más serios de la vida lo considera como un igual. El haber nacido en el país no es un mérito, como ocurre en otras naciones. En las oficinas públicas y en la administración de justicia se encuentran á centenares, si no á miles, funcionarios que sólo son argentinos naturalizados.

— Nosotros — dicen los extranjeros cuando ensalzan á su nueva patria — podemos serlo todo en esta tierra. Todo. . . menos Presidente de la República ó Arzobispo de Buenos Aires.

El amor á la Argentina es tan fuerte en el europeo, que emerge sobre esa tendencia á la murmuración, que parece innata en el hombre. En los cafés de la Avenida de Mayo se escuchan con frecuencia conversaciones de gentes que hace años viven en la República, están satisfechos de ella, la aman porque les proporcionó la abundancia, pero que experimentan la necesidad de encontrarla defectos, de hablar mal del país por «pasar el rato», por aliviarse de la nostalgia que les entristece á ciertas horas pensando en la lejana patria, que no han visto en muchos años.



TRABAJADORES INDIOS DE UNA REFINERÍA DE AZÚCAR